

*La Celestina* en la portada; demuestra el progreso que ha experimentado últimamente, en este sentido, la editorial Gredos.

El tratado de Alborg posee un valor esencial: su utilidad práctica. En este sentido supera probablemente a casi todos los manuales existentes. Para el estudiante universitario, para la persona que desea conocer rápidamente la situación actual de los problemas, la tendencia crítica predominante y la reciente bibliografía, su utilidad es realmente extraordinaria. En este sentido, merecen un elogio sincero el autor y la editorial. Alborg debe enfrentarse ahora con los difíciles problemas que plantea el enjuiciamiento de la literatura de nuestro siglo xvii. Esperamos con impaciencia los próximos volúmenes.—ANDRÉS AMORÓS.

*Pensamiento político de Unamuno* (Selección de textos y estudio preliminar de ELÍAS DÍAZ), Editorial Tecnos, S. A. Madrid.

El matizado estudio preliminar de Elías Díaz contribuye a que el lector de este copioso acervo de textos no se pierda en las contradicciones que estos pudieran sugerir ni se vea tentado a dar un valor actual a un pensamiento político que, en conjunto, ya no puede tenerlo. Ni tampoco justifique con él la tópica condena de un pasado del que Unamuno es el exponente calificado en tanto que su pensamiento revela la crisis del liberalismo decimonónico. Los presupuestos ideológicos de que parte Unamuno son tres: liberalismo, espiritualismo e individualismo. Unamuno es ante todo un liberal. Pero hacia 1914 se produce en Europa la crisis del liberalismo del xix. Unamuno no será capaz de pasar de ese liberalismo general a un liberalismo de estricto significado político. De ahí sus críticas no suficientemente matizadas que afectan no solamente a las deformaciones, sino al fondo mismo de las instituciones liberales. Su concepción algo mítica del liberalismo como una especie de «religión de la libertad» no puede sustentar un pensamiento político evolutivamente coherente. Pero por muchas que sean sus incoherencias no por ello acaba aceptando ninguna especie de totalitarismo. Su crítica a los partidos políticos tampoco le lleva al partido único. Por todo ello, puede decir Elías Díaz que «hasta cierto punto es el símbolo de alguna de las contradicciones internas y de las incoherencias del sistema liberal».

La lectura de todos los textos nos produce la impresión penosa de un pensamiento dominado por la contradicción, si no por la confu-

sión. Si consideramos que el liberalismo está en estrecha conexión con el «libre examen», veremos aparecer la otra referencia que da a este pensamiento las características que le son propias. Nos referimos a su espiritualismo, que está en la línea del talante luterano. Su concepción religiosa le hace subestimar otros valores meramente humanos, que le confiere ese carácter conservador y casi inmovilista. Llega a propugnar un estado «laico» muy especial; un estado religioso-popular.

Por último hay que considerar el tercer ingrediente, su individualismo. Aunque él se considera en ocasiones como un personalista, no es extraño que choque a muchos su señalado egotismo. En vano tratará de superar el egoísmo a través de una dialéctica individuo-comunidad.

Unamuno se opone al fascismo, al marxismo y al comunismo. Se opone al marxismo considerado como una mera filosofía. En cuanto al fascismo, escribe Elías Díaz: «Unamuno se opondrá, por tanto, al nazi-fascismo, por el sentido profundamente antiliberal y totalitario de estos movimientos; su crítica se fijará fundamentalmente en cuatro importantes aspectos del fascismo: la admisión expresa de la violencia como instrumento político, las concepciones racistas imperantes sobre todo en el nazismo alemán, el anti-intelectualismo de fondo y el apoyo en una necesaria mediocridad humana que, a su vez, favorece». En cierta medida, su desdén por la sociología y sus escasos conocimientos económicos le impiden profundizar en las motivaciones económicas capitalistas del fascismo. Ante muchas de sus manifestaciones habrá alguien que acabe preguntándose: ¿fue Unamuno un pre-fascista? Lo cierto es que no faltan en su pensamiento elementos sospechosos, entre ellos su reiterado irracionalismo que le aproxima a una concepción pequeño-burguesa de la vida.

En la que se refiere al marxismo, hay que consignar que en sus primeros escritos se presenta con una actitud más flexible, que de prosperar le hubiese permitido un diálogo precursor religión-marxismo. Su crisis de 1897 le aleja para siempre del marxismo, del que, por otra parte es casi seguro no tenía un conocimiento demasiado directo. Así lo prueba sus críticas superficiales y poco documentadas. «Junto a esta actitud completamente negativa ante el marxismo, es curioso constatar cómo en Unamuno se encuentra una cierta simpatía inicial hacia el comunismo y hacia la revolución rusa de 1917; la razón de ello radica en el «pathos» religioso que Unamuno intenta descubrir en el fondo de las motivaciones de los revolucionarios comunistas.»

También aparece en Unamuno una actitud discordante respecto al progresismo, la democracia y el socialismo. «Su anti-progresismo

procede en gran parte de su espiritualismo.» «Unamuno se adhiere a la conocida tesis, nada progresista, de la técnica, como factor que irremediabilmente conduce a la despersonalización del hombre, a la deshumanización del mundo; no hay en él una suficiente comprensión del sentido libertador del hombre que la técnica puede también representar...» Como en otras ocasiones, su extralimitación de los puntos de vista religiosos le hace reducir en exceso la importancia de los problemas humanos. Según el criterio griego, se opone a la democracia. Considera a la democracia como imperialista. No supo coordinar liberalismo y democracia, entre otras cosas porque no supo encajar las tendencias igualitarias y socialistas implícitas en ella. Asoma en él una concepción paternalista, egotista. «Se puede admitir perfectamente la valía intelectual de Unamuno y el indudable interés representativo y simbólico de su obra; se puede sentir aprecio y simpatía hacia su persona, e incluso estar de acuerdo en considerar positivos algunos de sus concretos puntos de vista. Lo que ya resulta más difícil de admitir es esa mítica identificación de Unamuno con el espíritu colectivo de España que haría de su pensamiento, o del de una minoría de intelectuales, norma obligatoria de conducta política para el pueblo español; la posteridad probó que había cosas esenciales en las que, como es lógico, Unamuno se equivocaba; sus ideas eran todo menos indiscutibles, y desde luego puede ponerse muy en duda que el contenido de su concepción política e intelectual fuera el más apropiado y operativo para producir esa forma de conciencia democrática de la sociedad española y esa participación real del pueblo en la vida política intelectual y económica del país.» Este largo párrafo especifica muy adecuadamente en qué grado se puede estar con Unamuno. También le irrita el progresismo, aunque se llama socialista *sui generis*, lo que en el fondo no es más que otra de las discordancias que albergaba su personalidad. «El liberalismo de Unamuno, lejos del típico abstencionismo estatal, propugnaba un intervencionismo del Estado que, sin embargo, nunca llega a la aceptación de la dictadura o el totalitarismo; el socialismo es fundamentalmente en Unamuno liberalismo estatalista.» Y más adelante: «Lo esencial del liberalismo era para Unamuno la actitud crítica antidogmática y la defensa de la persona humana...» Unamuno acaba siempre mostrándose como expresión y símbolo del liberalismo no democrático.

En lo que se refiere a España, su pensamiento puede concentrarse en tres puntos: casticismo-europeísmo, el problema regional y el tema de la guerra civil. Y sobre todos estos temas su acendrado amor a España.

Unamuno ve en la envidia la causa de nuestros males; y siempre dentro de su subjetividad «Unamuno querrá ser una España en pequeño y en su concepción hará de España un Unamuno en grande». Por lo demás, busca el equilibrio entre europeísmo-españolismo y entre tradición-progreso, distinguiendo entre la tradición eterna y la tradición castiza. Y así dirá el propio Unamuno: «El estudio de la propia historia, que debía ser un implacable examen de conciencia, se toma, por desgracia, como fuente de apologías, y apologías de vergüenzas, y de excusas, y de disculpaciones y componendas con la conciencia, como medio de defensa contra la penitencia regeneradora. Apenas leer trabajos de historia en que se llama glorias a nuestras mayores vergüenzas, a las glorias de que purgamos, en que se hace jactancia de nuestros pecados pasados, en que se trata de disculpar nuestras atrocidades innegables con las de otros. Mientras no sea la historia una confesión de un examen de conciencia, no servirá para despojarnos del pueblo viejo, y no habrá salvación para nosotros.» Pero su profundo amor a España no le impide sostener las más chocantes contradicciones, que no podemos seguir admirando aquellos para quienes tales juegos mentales no tienen ningún atractivo.

De todos es conocido su amor a Castilla, desde el que enfoca el problema del regionalismo. Concede primacía al castellano como lengua nacional y vitalizadora de la cultura regional. Hay que observar que fue en esto en una de las pocas cosas en las que guardó una actitud constante a lo largo de su vida.

«En los hombres y en los pueblos se da una constante lucha interna, una lucha consigo mismo que constituye, según Unamuno, el substrato ontológico radical de la personalidad individual y colectiva. El hombre Unamuno y paralelamente, la nación España vienen definidos en razón de esa guerra civil que subyace siempre necesariamente en su interior.» Se advierte por ello que tiene una idea más estética que dialéctica de la historia. «Unamuno tiene excesivo miedo a la disminución de la lucha y hace poco o nada por reducir distancias o evitar tensiones; en realidad se trata de un recurso estético para mantener la irracionalidad en la historia.» «Unamuno pierde en seguida el control del problema y pasará muy frecuentemente a la defensa expresa y directa de la guerra civil, incluso violenta, armada.» Lo que hace que la estética sea ya casi explosiva. Dice Unamuno: «Las guerras civiles obedecen siempre a ideales más puros y más altos que las exteriores.» En toda esta temática, la irresponsabilidad que parece haberse apoderado de su pensamiento es alucinante. «Unamuno empieza a estar en el límite de la irresponsabilidad intelectual y de la imprudencia culposa; no parece entender lo que está pasando y las repercusio-

nes futuras de ello; le asustará la ola de agitaciones y violencias, atacará la histeria y la imbecilidad de las masas reaccionando como típico «hombre de orden», pero seguirá jugando con su idea de la guerra civil.» Y en este juego, Unamuno terminará por evadirse de la realidad.

Como resultado de su ideología, se advierte en Unamuno un feroz irracionalismo y una progresiva desconexión de la realidad. Añádase a ello la secuela de arbitrariedad y desdén por las ideas claras que ello comporta. «Existen textos en que esa arbitrariedad deja, incluso, de respetar el nivel normal exigido a una mediana honestidad intelectual; la frivolidad, el desprecio a los demás (parece que para Unamuno nadie sabe nada de nada y que sólo él lo entiende todo), la incoherencia total, bordean en ocasiones los límites dentro de los cuales puede comenzar a tomarse en serio a una persona, sobre todo si se trata de un intelectual.» Hay en Unamuno un amor ciego en exceso: «Unamuno amó a España apasionadamente, pero nunca se preocupó en exceso por conocerla sociológicamente en su auténtica realidad. Arrastrado por su irracionalidad se va desconectando de la realidad para que su ruptura acabe de ser con la historia. A pesar de los elementos aristocraticistas que aparecen en su pensamiento, Unamuno llega a escribir en cierta ocasión: «Mientras haya quienes sufran hambre, sed y frío, el problema estético será secundario. Lo más bello es dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo; la suprema belleza es la de las obras de misericordia.» Pero a pesar de su popularismo, Unamuno se va alejando de las masas para llegar a no comprenderlas y no ser un auténtico demócrata. Si hace objeto de su odio a juristas y sociólogos, es porque en el fondo es un enemigo de toda planificación y racionalización de la realidad social.

Y bien, el lector de estas casi novecientas páginas, donde se recogen muchos textos aún no recopilados, puede preguntarse: ¿es esto un pensamiento político? «La raíz última de Unamuno es la contradicción, la lucha interior inacabable consigo mismo; lo veíamos al hablar de la guerra civil...» A él se le puede aplicar lo que él mismo escribía acerca de Costa: «Yo creo que de Costa, como de una porción de gentes que tienen una personalidad, se pueden exhumar textos para defenderlo todo, lo uno, lo otro y lo de más allá; porque no son gentes de línea recta, sino que viven de un conjunto de contradicciones íntimas, que es lo que le da vida a uno.» Elías Díaz cree que no es justo subestimar a Unamuno por sus contradicciones ni porque suministre argumentos a favor de una u otra cuestión. Es posible hallar una línea coherente de evolución y encontrar sentido a su contradicción como substrato ontológico de su personalidad. «Sociológicamente, no en el

terreno de la pura correspondencia psicológica individual, las contradicciones internas de Unamuno expresan las contradicciones internas de la sociedad española de su tiempo; entre otras razones, también por esto es importante Unamuno, y por ello su apriorística infravaloración puede no significar sino un inadecuado conocimiento no sólo del valor real de la obra de Unamuno, sino también de la sociedad y de la historia española. Puede decirse que Unamuno expresa con bastante coherencia las contradicciones de su sociedad y que expresa también con bastante claridad, a través de su irracionalismo, la irracionalidad de esa sociedad; todo ello con caracteres míticos propios del sub y semidesarrollo.

Por otra parte, si el compromiso burgués de Ortega es más hábil, no por ello tiene mejores posibilidades a la larga de éxito. Unamuno «es liberal, no es, en absoluto, fascista y, sin embargo, sus presupuestos ideológicos (liberalismo e individualismo), se irán concretando en claros resultados elitistas e irracionalistas, no muy lejanos del fascismo».

Hay que consignar que Unamuno tampoco entiende la República, como bien lo prueban los artículos que escribió entre el 1931-35. Un abrumador nihilismo acaba adelantándose como consecuencia de su incomprensión de la realidad.

La labor realizada por Elías Díaz es realmente meritoria. Desde ahora, en lo que a esta cuestión se refiere, nuestra admiración por Unamuno estará cimentada en el juicio y en el conocimiento más que en el mito.—ANTONIO ROMERO MÁRQUEZ.

EDUARDO NICOL: *Los principios de la ciencia*. Fondo de Cultura Económica. México y Madrid.

Esta obra de Eduardo Nicol es, sin ningún género de dudas, una de las mejores aportaciones en castellano a la investigación filosófica de nuestros días, si consideramos aparte a Xavier Zubiri. El éxito que ha obtenido y que nadie discute, hará recaer la atención de los lectores sobre otras formas suyas muy interesantes, pero apenas leídas: *Metafísica de la expresión*, *Historicismo y existencialismo*, *El problema de la filosofía hispánica*, etc. Prepara ahora *La reforma de la filosofía*.

Nos esforzamos por dar, en esquema, el contenido riquísimo de esta obra.

Está en crisis la ciencia en general, no esta o aquella rama. Por tanto no sirven los recursos que puedan ofrecernos las ciencias parti-